

lidad y vigencia. Una obra muy recomendada para quienes tiene a su cargo la cura de las almas o un determinado trabajo pastoral.

Aurora CAMPOS

CRITCHLEY, Simon, *Mysticism*, Nueva York (NEW YORK REVIEW BOOKS) 2024, 336 págs.

Hace unos años el Papa Francisco aseguraba que el mundo necesita “místicos” explicando la urgencia de “gente que rechaza cualquier forma de poder, gente que aspira a la caridad y fraternidad”. Aunque no es precisamente la definición de la Real Academia Española, el papa sin duda se sentía interesado y atraído por figuras místicas. Antes de aceptar su nombramiento a la sede de Roma confesó haber tenido una experiencia mística: “mi cabeza vacía del todo, invadida por una gran ansiedad”, confesó con estupenda sencillez. En otra ocasión animaba a religiosos y religiosas a que “abrazaran el misticismo” que él veía como una tempestad de fuego en toda la iglesia. Las llamas calientan y por eso el fenómeno místico es también peligroso, tanto que la Santa Sede se ha visto obligada a denunciar un “falso misticismo” aunque no es algo reciente en la iglesia católica o en otras religiones .

Simon Critchley es un filósofo inglés, profesor en The New School for Social Research (Nueva York) y autor de numerosos libros aunque nunca hubiera esperado yo uno sobre el misticismo cristiano. No es fácil de definir lo que el fenómeno o experiencia mística es pero he leído el libro cautivado, sintiendo que uno está en buenas manos y que su repaso en pleno siglo XXI bien pudiera ayudar a sacar al fenómeno místico de esa nube de... “misticismo” medieval o barroco como algo etéreo, extraño, sólo para algunas monjas o frailes, y a menudo rayano en una especie de obsesión egocéntrica, fanatismo o locura de espiritualidad desatada.

Critchley empieza con una galería de retratos breves de dieciséis figuras de la mística cristiana, desde Dionisio (en el siglo V) a Madame Guyon (1648-1717). En su lista las mujeres tienen la mayoría y la más destacada entre todos, y centro del libro, es Julian of Norwich (*circa* 1342-1416), conocida en español como Juliana. En la segunda parte, explorando el fenómeno místico con el necesario toque de modernidad, los protagonistas son Anne Carson, Julian of Norwich, Annie Dillard, y los *Four Quartets* de T. S. Eliot. Juliana, una vez más, aparece como la excepcional portadora de la mística cristiana. Que el fenómeno místico tiene que ver con lo teológico y con algún tipo de experiencia es obvio y un acierto estupendo la invitación de Critchley a ver allí algo “profundamente filosófico”, la nota más destacada del libro en mi opinión y que hace de él lectura urgente para creyentes cristianos.

En el fenómeno místico, escribe, “la materia debe ser afirmada y negada al mismo tiempo”. Además, “los textos místicos son a menudo verdaderos no tanto para la figura del místico en cuanto tal, sino para la audiencia que los tiene como verdaderos”. En el ámbito de lo religioso, sin duda, es raro o imposible no desear de alguna manera algún tipo de revelación, o un milagro, cualquier señal de que es verdad. Este es precisamente el mayor y peor peligro de los fenómenos místicos y aun de algunas conductas que no se acercan a esas “alturas”. Hay un gran interés en Juliana de Norwich pero pocos parecen recordar su clara declaración de que la “visión” había sido cosa de unos pocos minutos. Critchley hace bien en recordar algo que parece irrelevante pero no lo es: fue la primera persona identificada como alguien que escribe en inglés, y estima que esto es algo “de enorme importancia a cualquier persona interesada en la historia del pensamiento en len-

gua inglesa”. Aún más importante es su clarificación de que “un texto místico no refleja una experiencia sino que produce una experiencia”, algo que tantos siglos después sigue sin ser pensado en serio por creyentes religiosos y aun estudiantes de mística, o de aquel curso de “ascética y mística” en el viejo cuadrenio de teología católica.

No es este lugar para entrar con detalle en la complejidad del repaso a la mística que hace este filósofo inglés, haciendo puentes entre momentos muy apartados en las edades de la cultura cristiana. Leer su magnífico libro no ha sido para mí un capricho, aunque antes de hacerlo bien pudiera haberlo pensado así. Probablemente me interesó no sólo por su autor y la prestigiosa editorial que lo ha publicado, sino también porque aquel curso breve de mística en los estudios teológicos dejaba mucho que desear. Hoy, y cualquiera que sea la esperanza de más místicos católicos del Papa Francisco, el mero sentido común ya aparece mucho más potente aun en temas como esos supuestos milagros y revelaciones divinas. Oíamos entonces la palabra “mística” y ya se nos cerraban los ojos con un suspiro e inmediata levitación. Lo cierto es que el fenómeno místico es algo más sencillo y más cercano de lo que muchos piensan. Y aunque los griegos usaran la palabra “místico” para denotar algo oculto o la esencial incomprehensibilidad de todo lo divino, el término es reciente. A veces la teología es precisamente lo que la mística no es, la mística bien entendida.

Álvaro SILVA

GIL DE MURO, Eduardo, *Por duro que sea el trabajo. Genoveva Torres Morales*, Zaragoza, 1996, 235 págs.

La vida de los santos siempre tiene algo que aportar a la reflexión de todo creyente. La obra que presentamos es una sencilla pero a la vez interesante biografía de Santa Genoveva Torres fundadora de las religiosas Angélicas. La obra repasa de manera escueta pero acertada y clara los diferentes hitos y momentos de la vida de la santa destacando cómo Dios fue su guía en todos los momentos de su vida, y a pesar de los tintes dramáticos de la vida de santa Genoveva, ella supo siempre responder a la llamada de Dios. Destaca el autor sobre todo lo laborioso de su vida y las muchas dificultades que tuvo que afrontar a lo largo de su vida, pero a la vez, cómo la ayuda de Dios y su protección siempre la fueron guiando. Santa Genoveva fue canonizada por San Juan Pablo II en el 2003 en la Plaza Colón de Madrid. La obra se lee con facilidad y puede ser un útil instrumento para la lectura espiritual o para la meditación cotidiana, pues verdaderamente Santa Genoveva es un buen ejemplo de no dejarse amilanar por las adversidades y de confiar siempre en el poder y la misericordia de Dios.

Aurora CAMPOS

HAN, Byung-Chul, *The Spirit of Hope*, Cambridge UK (POLITY PRESS) 2024, 111 págs.

Desde mi primer encuentro con la poesía de Charles Péguy, tuve la impresión de que nunca sabría mejor lo que es la esperanza cristiana. *La foi que j'aime le mieux, dit Dieu, c'est l'espérance. Ce qui m'étonne, dit Dieu, c'est l'espérance*, es una frase no se ha borrado con los años ni las fatigas de vivir. La fe es esperanza. Creer es esperar y lo es todo, pues no se trata ya de “creer” dogmas definidos por la autoridad eclesial, sino de ir al secreto más hondo de la humanidad, al gozo y paciencia de la espera junto con la humildad que